



COMISIÓN DE COMUNICACIÓN



Boletín mensual

Año 12 N° 2

Febrero 2015

CUARESMA

EDITORIAL

El mes de Febrero está marcado por el inicio de la Cuaresma, tiempo litúrgico que nos invita a renovar nuestra fe y compromiso con el Proyecto Humanizador del Padre. Con la Cuaresma nos introducimos al Ciclo de la Pascua en la Iglesia.

El Boletín Electrónico "CONTACTO" estará dedicado a la CUARESMA. El primer aporte, del reconocido Periodista Amín Cruz, hace una lectura de este tiempo litúrgico desde la lucha entre el "ser" y el "tener", como una oportunidad para unirse al Proyecto de Dios.

Luego tenemos la palabra de Mons. Carlos García, Obispo de la Diócesis de Lurín, quien nos exhorta a vivir el camino cuaresmal en una dinámica de conversión a partir de la práctica del ayuno, la limosna y la oración; actitudes bíblicas que la Iglesia sugiere para estos 40 días.

Terminamos con el Mensaje del Papa Francisco con ocasión de la Cuaresma 2015, donde nos invita a vivir este "tiempo de gracia" (2 Cor. 6, 2) como una oportunidad para fortalecer nuestros corazones (Cf. Stgo. 5, 8) y superar la globalización de la indiferencia. ¡Trasforma Señor nuestras vidas!!!

(P. Marco Agüero V.)



CUARESMA: OPORTUNIDAD PARA REVISAR NUESTRAS VIDAS...

En este momento de angustia y de guerra en que muchos hemos pensado en el fin del mundo o de la vida, Dios nos dice en su palabra que Él es el principio y el fin...

El fin de la vida cristiana es vivir intensamente el misterio Pascual, ministerio que celebramos en el acto central de nuestra Liturgia, la Santa Misa. La Cuaresma no es un tiempo sombrío y triste propia de una espiritualidad evasiva. La Cuaresma es la oportunidad de mirar a nuestras vidas, encontrar las zonas desérticas y crecer en la esperanza de que el desierto puede florecer.



La Cuaresma es tu tiempo con Dios. Tiempo para desnudarte de tus afanes, de revisar tu vida, de adquirir el equilibrio cristiano, de rehabilitarte con fuerza y el optimismo de Dios. Es el camino a la Pascua de Liberación con Cristo. La Cuaresma es tu tiempo con tu Dios. Aprovecha en estos momentos en que el fuerte llama a la guerra, tu rezar por la paz.

La vida del materialismo consumista nos ha llevado a menospreciar los valores del Reino, a disociar la fe de la vida, a olvidar que el hombre no vive solo de pan sino también de la Palabra de Dios. En el fondo es la lucha del "SER" sobre el "TENER".

El "tener" nos lleva a la insolidaridad que se niega a compartir, nos convierte en limosneros en lugar de ser promotores del reparto de bienes y desarrolladores de dones y carisma. Nos lleva a la frustración existencial ante las nuevas necesidades creadas artificialmente. El "tener" subordina los bienes al hombre. Nos lleva a la desintegración total de nuestra existencia.

El "ser" es fundamentarse en la acción de Dios que nos crió. Básicamente es vivir en amor. Acercarse al Hermano para extenderle una mano en su necesidad. Es considerar al otro, no como objeto de exploración sino como parte del Proyecto de Dios y ese Proyecto será incompleto si no uno mi "ser" al "ser" de mi Hermano como realidad inseparable de mi existencia.

La Cuaresma es tu tiempo para conocer el Proyecto de Dios Padre, que en Cristo "transforma nuestra condición humilde según el modelo de su condición divina" por eso la Cuaresma es tiempo de gracia para hacer un alta en el camino y preguntarse a donde voy y con quien camino.

La oración es tu fuerza liberadora. Ahí escucharás las palabras del Señor, "si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y que me siga... Quien pierde su vida por mí, la salvaré" (Lc.9, 23) Los Apóstoles, antes de la Pasión del Señor, seguían a Jesús pero con sus criterios impregnados de un triunfalismo político; tu oración ha de ser un encuentro Pascual con tu Padre. Orar no es hablar de Dios sino hablar con Dios. Alábalo y glorifícalo y pídele que sepamos recibir sus bendiciones. Tu oración principal será el participar en la Santa Misa. Escucha la Palabra y luego comulga con la Palabra.

Para poder orar con confianza, confiesa tus pecados en el Sacramento de la Reconciliación o Confesión. Si reconoces tu pecado y pides perdón, habrás abierto la puerta de la sanación interior y, por ende, de la sanación física. Tras tu confesión vive reconciliado con tu Hermano, purificado de tu pecado crecerán en ti los sentimientos de fraternidad, paz, amor, alegría y generosidad.

Todos buscamos una Sociedad más justa pero esperamos que el Otro cambie. La realidad es que el mal está dentro de Mí. Si Yo no reconozco esto, nada cambiará dentro ni fuera de Mí. Pero si Tú cambias, habremos encontrado la llave que abrirá muchas puertas por las que podrán caminar innumerables Hermanos...

Fuente: Amín Cruz, MS (Director General. Periódico EL CAMINO, Arquidiócesis de New York).



“CONVIÉRTETE Y CREE EN EL EVANGELIO”

La Cuaresma invita a dejarte abrazar por el calor de Dios, nos invita a despojarnos de las actitudes egoístas que puedan apoderarse de nosotros para abrazarnos de la libertad que produce la cercanía de Cristo en nuestra vida por eso, ¿cómo puedo entrar en ese verano de Dios, en ese calor de Dios?, se llama CUARESMA, cuarenta días antes de la Pascua, y ¿cómo puedo saborearlo bien? Muy sencillo primero dándole gracias a Dios por la vida, esa vida que uno lleva pero que a veces hay cosas que están mal y amerita que las cambiemos y por eso la Cuaresma empieza con una palabra **“CONVIÉRTETE Y CREE EN EL EVANGELIO”**. Entonces ¿cómo me dará cuenta qué debo yo despojar de mí mismo para quitarme aquello que no necesito? La lectura de la Palabra de Dios y la cercanía con Dios en la oración permitirán que nos demos cuenta dónde es que debes dejar lo que estorba para coger lo que falta.

Por eso la Cuaresma tiene algo muy bonito: la conversión que nos lleva a la oración; una oración sin conversión es muy difícil, por eso la oración -que es el contacto con Dios, auténtica amistad con Dios- es la que nos puede llevar a la conversión porque es cuando uno ora que se da cuenta y se pregunta ¿yo que estoy haciendo con mi vida?, ¿a dónde la estoy llevando?, ¿con quién la estoy compartiendo? ¿estará bueno o malo lo que estoy haciendo? ¿agradará a Dios?, pero si ni a mí me agrada, ¿qué le agradará a Dios? si no será lo correcto ni para el mundo, ¿que será correcto para Dios?, por eso ¡Qué importante una oración que nos invite a revisar la vida!, una vida que tiene que ponerse en sintonía con la felicidad, con la libertad, con el servicio, con los demás y con el desprendimiento.

Por eso en la Cuaresma si uno ora dirá: ¡Señor me quiero convertir!, pero no puedo convertirme dándome gusto en todo. Empezar también a ordenar mis formas y hábitos de comer, de beber y de darme gusto también en el placer; eso se llama ayuno, el ayuno es el sacrificio de algo bueno por algo mejor. Por eso algunos intentan la comida, otros de no ir a cine, otros de cortarse ciertos programas de televisión, etc. ¿El tuyo cual será?, pregúntaselo al Señor.

Pero todos podemos vivir el ayuno como preparación a la pascua, y Padre ¿qué hago, nos preguntarás, con lo que ya no gasto?, si ya no gasto en cosas superfluas, ¿qué hago con eso dinero, poco o mucho?, ¿te has dado cuenta que hay muchos pobres y que podrías hacer algo por los demás?, podrías llevarlo a un Asilo, a algún lugar donde necesitan de ti.

Yo te digo: Qué tal si comienzas mañana a dar que hablar y compras 100 panes con lo que te has ahorrado y vas por la calle repartiendo a cuanto encuentras un pedazo de pan y no te estés fijando si necesita o no, simplemente con la alegría y la sonrisa le dices el pan nuestro de cada día te lo doy yo, esa oración del Padre Nuestro que muchas veces rezamos y pedimos a Dios hacerlo visible por la caridad de los Hermanos y hacia los Hermanos.

La Cuaresma tiene 3 características: Ayuno, Oración y Limosna; Ellas nos preparan verdaderamente para Pascua. Que el verano no obstruya ni haga indiferente tu corazón a este momento tan importante como es la Cuaresma. Que Dios nos ayude a despojarnos de lo que nos estorba para sentir su calor que nos abraza como el verano, que vivamos ligeros de equipaje y libres para amar y servir a los demás. ¡Que Dios nos bendiga a todos!!

(Mons. Carlos García Camader. Obispo de la Diócesis de Lurín)

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2015

Fortalezcan sus corazones (St 5, 8)

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es un tiempo de renovación para la Iglesia, para las comunidades y para cada creyente. Pero sobre todo es un «tiempo de gracia» (2 Co 6,2). Dios no nos pide nada que no nos haya dado antes: «Nosotros amemos a Dios porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Él no es indiferente a nosotros. Está interesado en cada uno de nosotros, nos conoce por nuestro nombre, nos cuida y nos busca cuando lo dejamos. Cada uno de nosotros le interesa; su amor le impide ser indiferente a lo que nos sucede. Pero ocurre que cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen... Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien. Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una globalización de la indiferencia. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos.

Cuando el pueblo de Dios se convierte a su amor, encuentra las respuestas a las preguntas que la historia le plantea continuamente. Uno de los desafíos más urgentes sobre los que quiero detenerme en este Mensaje es el de la globalización de la indiferencia.

La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. Por eso, necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan.

Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de cada hombre. En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad (cf. Ga 5,6). Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Así, la mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida.

El pueblo de Dios, por tanto, tiene necesidad de renovación, para no ser indiferente y para no cerrarse en sí mismo. Querría proponerles tres pasajes para meditar acerca de esta renovación.

I. «Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Co 12,26) – La Iglesia

La caridad de Dios que rompe esa cerrazón mortal en sí mismos de la indiferencia, nos la ofrece la Iglesia con sus enseñanzas y, sobre todo, con su testimonio. Sin embargo, sólo se puede testimoniar lo que antes se ha experimentado. El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres. Nos lo recuerda la liturgia del Jueves Santo con el rito del lavatorio de los pies. Pedro no quería que Jesús le lavase los pies, pero después entendió que Jesús no quería ser sólo un

ejemplo de cómo debemos lavarnos los pies unos a otros. Este servicio sólo lo puede hacer quien antes se ha dejado lavar los pies por Cristo. Sólo éstos tienen “parte” con Él (Jn 13,8) y así pueden servir al hombre.

La Cuaresma es un tiempo propicio para dejarnos servir por Cristo y así llegar a ser como Él. Esto sucede cuando escuchamos la Palabra de Dios y cuando recibimos los sacramentos, en particular la Eucaristía. En ella nos convertimos en lo que recibimos: el cuerpo de Cristo. En él no hay lugar para la indiferencia, que tan a menudo parece tener tanto poder en nuestros corazones. Quien es de Cristo pertenece a un solo cuerpo y en Él no se es indiferente hacia los demás. «Si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (1 Co 12,26).

La Iglesia es *communio sanctorum* porque en ella participan los santos, pero a su vez porque es comunión de cosas santas: el amor de Dios que se nos reveló en Cristo y todos sus dones. Entre éstos está también la respuesta de cuantos se dejan tocar por ese amor. En esta comunión de los santos y en esta participación en las cosas santas, nadie posee sólo para sí mismo, sino que lo que tiene es para todos. Y puesto que estamos unidos en Dios, podemos hacer algo también por quienes están lejos, por aquellos a quienes nunca podríamos llegar sólo con nuestras fuerzas, porque con ellos y por ellos rezamos a Dios para que todos nos abramos a su obra de salvación.

2. «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9) – Las parroquias y las comunidades

Lo que hemos dicho para la Iglesia universal es necesario traducirlo en la vida de las parroquias y comunidades. En estas realidades eclesiales ¿se tiene la experiencia de que formamos parte de un solo cuerpo? ¿Un cuerpo que recibe y comparte lo que Dios quiere donar? ¿Un cuerpo que conoce a sus miembros más débiles, pobres y pequeños, y se hace cargo de ellos? ¿O nos refugiamos en un amor universal que se compromete con los que están lejos en el mundo, pero olvida al Lázaro sentado delante de su propia puerta cerrada? (cf. Lc 16,19-31).

Para recibir y hacer fructificar plenamente lo que Dios nos da es preciso superar los confines de la Iglesia visible en dos direcciones.

En primer lugar, uniéndonos a la Iglesia del cielo en la oración. Cuando la Iglesia terrenal ora, se instaura una comunión de servicio y de bien mutuos que llega ante Dios. Junto con los santos, que encontraron su plenitud en Dios, formamos parte de la comunión en la cual el amor vence la indiferencia. La Iglesia del cielo no es triunfante porque ha dado la espalda a los sufrimientos del mundo y goza en solitario. Los santos ya contemplan y gozan, gracias a que, con la muerte y la resurrección de Jesús, vencieron definitivamente la indiferencia, la dureza de corazón y el odio. Hasta que esta victoria del amor no inunde todo el mundo, los santos caminan con nosotros, todavía peregrinos. Santa Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia, escribía convencida de que la alegría en el cielo por la victoria del amor crucificado no es plena mientras haya un solo hombre en la tierra que sufra y gima: «Cuento mucho con no permanecer inactiva en el cielo, mi deseo es seguir trabajando para la Iglesia y para las almas» (Carta 254, 14 julio 1897).

También nosotros participamos de los méritos y de la alegría de los santos, así como ellos participan de nuestra lucha y nuestro deseo de paz y reconciliación. Su alegría por la victoria de Cristo resucitado es para nosotros motivo de fuerza para superar tantas formas de indiferencia y de dureza de corazón.

Por otra parte, toda comunidad cristiana está llamada a cruzar el umbral que la pone en relación con la sociedad que la rodea, con los pobres y los alejados. La Iglesia por naturaleza es misionera, no debe quedarse replegada en sí misma, sino que es enviada a todos los hombres.

Esta misión es el testimonio paciente de Aquel que quiere llevar toda la realidad y cada hombre al Padre. La misión es lo que el amor no puede callar. La Iglesia sigue a Jesucristo por el camino que la lleva a cada hombre, hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,8). Así podemos ver en nuestro prójimo al hermano y a la hermana por quienes Cristo murió y resucitó. Lo que hemos recibido, lo hemos recibido también para ellos. E, igualmente, lo que estos hermanos poseen es un don para la Iglesia y para toda la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, cuánto deseo que los lugares en los que se manifiesta la Iglesia, en particular nuestras parroquias y nuestras comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia.

3. «Fortalezcan sus corazones» (St 5,8) — La persona creyente

También como individuos tenemos la tentación de la indiferencia. Estamos saturados de noticias e imágenes tremendas que nos narran el sufrimiento humano y, al mismo tiempo, sentimos toda nuestra incapacidad para intervenir. ¿Qué podemos hacer para no dejarnos absorber por esta espiral de horror y de impotencia?

En primer lugar, podemos orar en la comunión de la Iglesia terrenal y celestial. No olvidemos la fuerza de la oración de tantas personas. La iniciativa 24 horas para el Señor, que deseo que se celebre en toda la Iglesia —también a nivel diocesano—, en los días 13 y 14 de marzo, es expresión de esta necesidad de la oración.

En segundo lugar, podemos ayudar con gestos de caridad, llegando tanto a las personas cercanas como a las lejanas, gracias a los numerosos organismos de caridad de la Iglesia. La Cuaresma es un tiempo propicio para mostrar interés por el otro, con un signo concreto, aunque sea pequeño, de nuestra participación en la misma humanidad.

Y, en tercer lugar, el sufrimiento del otro constituye un llamado a la conversión, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de los hermanos. Si pedimos humildemente la gracia de Dios y aceptamos los límites de nuestras posibilidades, confiaremos en las infinitas posibilidades que nos reserva el amor de Dios. Y podremos resistir a la tentación diabólica que nos hace creer que nosotros solos podemos salvar al mundo y a nosotros mismos.

Para superar la indiferencia y nuestras pretensiones de omnipotencia, quiero pedir a todos que este tiempo de Cuaresma se viva como un camino de formación del corazón, como dijo Benedicto XVI (Ct. enc. Deus caritas est, 31). Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro.

Por esto, queridos hermanos y hermanas, deseo orar con ustedes a Cristo en esta Cuaresma: «Fac cor nostrum secundum Cor tuum»: «Haz nuestro corazón semejante al tuyo» (Súplica de las Letanías al Sagrado Corazón de Jesús). De ese modo ten-

dremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso, que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia.

Con este deseo, aseguro mi oración para que todo creyente y toda comunidad eclesial recorra provechosamente el itinerario cuaresmal, y les pido que recen por mí. Que el Señor los bendiga y la Virgen los guarde.

*Vaticano, 4 de octubre de 2014
Fiesta de san Francisco de Asís*

Franciscus



S U M A R I O



Art N° 1.- "CUARESMA: OPORTUNIDAD PARA REVISAR NUESTRAS VIDAS..."

Art N° 2.- "CONVIÉRTETE Y CREE EN EL EVANGELIO"

Art N° 3.- "MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2015"



Pastoral de Comunicaciones - Diócesis de Lurín
Director: P. Marco Agüero Vidal, Edición: Keyla Arroyo
Redactores: Art N°2 Mons. Carlos García Camader.
Fuentes: Art N°1

<http://www.buzoncatolico.es/printable/formacion/catolicismoyreligion/cuaresmareflexion.html>

Art N°3

http://m.vatican.va/content/francesco/es/messages/lent/documents/papa-francesco_20141004_messaggio-quaresima2015.html

Calle El Carmen Cdra. 2 S/N - Villa María del Triunfo, Lima - Perú
E-mail: avansurlurin@yahoo.es Web: <http://www.diocesisdelurin.org/>